

EL NIÑO QUE APRENDIÓ A SONREÍR

Una pausa cognitiva

Mi primera máscara no llegó como una mentira.

Llegó como una sonrisa.

Nadie me sentó para decirme: “Esconde quién eres”.

Los niños rara vez reciben instrucciones tan directas. Las lecciones llegan disfrazadas de aprobación. Una mirada. Un gesto de asentimiento. Un silencio que desaparece cuando te portas como es debido.

Aprendí pronto que la gente se relajaba cuando yo sonreía.

Los adultos parecían menos preocupados.

Las habitaciones se calmaban.

La tensión se aflojaba.

Descubrí una extraña forma de poder. No el poder de la fuerza. No el poder de la autoridad. El poder de hacerles la vida más fácil a los demás.

Al principio parecía inocente.

Un niño quiere armonía como una planta quiere sol.

Pero todo don tiene un coste oculto.

Cuanto más aprendía a leer el tiempo emocional que hacía a mi alrededor, menos atención prestaba a mi propio clima.

Sabía cuándo los demás estaban decepcionados.

Sabía cuándo estaban enfadados.

Sabía cuándo necesitaban que los tranquilizaran.

Pero rara vez me paraba a preguntarme qué necesitaba yo.

Me hice experto en adaptarme.

Esa destreza me sería muy útil.

Años después me ayudaría a trabajar entre culturas, países, lenguas y continentes.

Pero antes de convertirse en un activo profesional, era simplemente una estrategia de supervivencia.

Un niño que intentaba mantener la paz.

El problema de las máscaras no es que engañen a los demás.

El problema es que funcionan.

Funcionan tan bien que al final la gente empieza a premiar la actuación.

Y cuando una actuación empieza a generar afecto, aprobación y pertenencia, retirarla se vuelve peligroso.

Te arriesgas a perder al público.

Así que seguí sonriendo.

No porque fuera feliz.

Porque era lo que se esperaba.

Y en algún lugar dentro de aquel niño sonriente vivía una pregunta que me seguiría durante décadas:

Si todo el mundo quiere a la máscara, ¿qué pasa con el rostro que hay debajo?

Ferdinando